

Teresa Soto, Premio Adonáis 2007

Carmelo Guillén Acosta

Director de la Colección Adonáis

Teresa Soto consiguió el último Premio Adonáis con *Un poemario*, espléndido y maduro libro al que el jurado, de manera unánime, le otorgó el galardón “por la emoción que transmite al recrear sus poemas sobre imágenes preferentemente cotidianas, con un lenguaje fresco, directo, existencial e ingenuo,” y del que destacó, además, que esta obra “sugiere un mundo en el que confluyen la realidad y la inocencia.” Como director de la colección Adonáis y lector repetido del poemario de Teresa Soto, doy fe de que la apuesta por su poesía no defrauda. Ella tiene el don de hacer que la poesía, la suya, sepa a vida cotidiana y sea capaz de iluminar plausiblemente la realidad. Con las palabras más fáciles, consigue crear un mundo donde el ser humano se convierte en protagonista de su propia existencia, una existencia hilvanada a base de pequeñas felicidades, de asombros, de sensibilidad. Da igual, en este caso, quiénes sean las maestras y la tradición de la que bebe y a la que homenajea Teresa Soto; su poesía sabe, por fortuna, a ella misma.

Con esta incorporación a la colección más antigua de España, la poeta ovetense se vincula así a una prestigiosa nómina de autores de reconocido poderío. Desde su creación, en el año 1943, Adonáis, que se ha desarrollado a favor de la Poesía y de sus poetas sin adscripciones a escuelas, sectarismos o grupos concretos, supone una garantía de la mejor lírica española. En 1947 fue José Hierro, con su poemario *Alegría*, el primer afortunado en conseguir tan preciada distinción. Después de él, han venido muchos que han sabido mantener el listón lírico bien alto y que, con la perspectiva que da el tiempo, han mitificado la colección, hasta el punto de que la historia de la poesía española de posguerra se apoya prácticamente en cada uno de los poetas que han obtenido bien el Premio Adonáis, bien algún accésit. Me remito a los hechos. José Ángel Valente, José Agustín Goytisolo, Claudio Rodríguez, Ricardo Molina, Antonio Gamoneda, Francisco Brines, Ángel González, Blanca Andreu, Antonio Colinas, Aurora Luque, José Luis Rey... pertenecen a la nómina de los galardonados. El índice, pues, de publicaciones deja ver que si no están todos los que son, sí son todos los que están. Que Teresa Soto entre a formar parte de pléyade de poetas tan encomiable es un mérito para la colección tanto como una responsabilidad para ella.

Un poemario trae a Adonáis lo que, en muchas ocasiones, han aportado a la colección primeros libros: juventud y madurez. *Don de la ebriedad* (1954), *A modo de esperanza* (1955), *Las brasas* (1960), *Áspero mundo* (1956), *Preludios a una noche total* (1969), *Problemas de doblaje* (1990) o *El triunfo de los días* (2002), por citar sólo unos cuantos

volúmenes premiados, han sorprendido a los lectores porque no sabían a primer libro, calificación que suele darse a muchos que aún no se les ve cuajado, cargados de voces ajenas, faltos de sentido unitario o donde no hay un equilibrio entre la emoción y la inteligencia. La entrega de Teresa Soto es de la mejor calidad. Tiene todos los componentes necesarios líricos para que su nombre empiece a sonar como una de las voces nuevas y definidas del panorama poético del siglo XXI. Basta con empezar a leer *Un poemario* para darse cuenta de que hay madera, sustancia en esta mujer a la que el Adonáis, como a todo poeta joven, le cambia definitivamente la vida o, al menos, el compromiso literario de por vida. Después vale la pena continuar leyéndola y seguirle la pista. Igual que al jurado, creo que al lector tampoco lo decepcionará.

Imitación de Wisława

Mis hermanas no escriben poesía,
mis hermanas no leen los periódicos
ni se ponen sombreros
ni saben a las cinco de la tarde
que son las cinco de la tarde.
Yo no soy Wisława Szymborska,
no soy Marina Tsvietáieva
y no soy Hölderlin.
No soy ninguno de los tres
y no quisiera ser los tres a la vez.
Mis vecinos no saben que escribo,
les agradezco que no lo sepan.
No lo saben y no me leen
y a mí me gusta que no me lean.
Gracias a que no me leen
no pienso nunca en qué pensarán
mis vecinos de mis versos.
La ciudad donde vivo no es silenciosa
así que en mis versos no está el silencio
de mi ciudad.
Mi portero no sabe pronunciar mi nombre
y no lo pronuncia por las mañanas
cuando se sacan los nombres
a pasear atados a una correa de saludos.
Así que no oigo mi nombre cada mañana.
De tanto no oír mi nombre
empecé a pensar que no lo había tenido nunca.
¿Se puede perder un nombre?
Yo no necesito mi nombre para escribir,
así que no lo escribo.

Esto es una imitación.
Para una imitación
sólo sirve el nombre de otro.

MI ABUELA tiene las manos en el mismo sitio que yo,
al final de los brazos.
Se las mira con calma.
Tienen algunas manchas y restos de tierra.

Su falda negra forma pliegues raros, diría que vegetales,
llegan casi a tocar el suelo.
Pienso que si lo tocasen tal vez germinarían.
¡Imaginad una corregüela de pliegues negros!

¡Pliegues vegetales! ¡negros pliegues!
¡tejidos de pliegues! ¡senderos plegados!
¡creciendo por todas partes! ¡pliegues!

Los pliegues de la falda negra son un final.
Dicen en su nueva forma de corregüela negra:
“Aquí termina un luto.”

La falda se aleja del suelo unos centímetros.
El luto nunca toca la tierra.
Las manos de mi abuela sí la tocan.
Desde el final del brazo tocan la tierra,
la surcan, la remueven con todos los dedos,
con todas las manchas.

Aunque tengo las manos en el mismo sitio que mi abuela,
al final de los brazos;
no puedo tocar la tierra de la misma forma,
no puedo surcarla ni removerla.

Me temo que tampoco puedo colgarme un luto
y dejarlo a unos centímetros del suelo.
No podría hacer que se quedase ahí suspendido,
ni hacerlo callar.
Mi luto se escurriría quejumbroso
queriendo embadurnar el mundo
con la punta negra de su nariz.

*Llega el invierno. Espléndido dictado me dan
las lentas hojas vestidas de silencio y amarillo*
—Pablo Neruda

Llega el invierno como se camina por la nieve,
con lentitud.
Las ramas se despiden de las hojas,
como quien tira piedras al agua.
En la última estación
se bajan los frutos a la tierra.
Llega el invierno como se entra en las iglesias,
con ceremonia.
Las baldosas frías presagian
mejillas sonrojadas, escarchas tempranas.
Las manos van a los bolsillos como los pájaros a las alambradas.
Encuentran trozos de papel,
adivinan migajas de otras estaciones
en el vértice de tela.

El invierno es vida callada, migajas, bolsillos.

Todas quieren ser Marina Tsvietáieva

Marina levanta la mano
para tocar la cabeza del diablo.
Marina sabe por qué
aquí las palabras se escriben una detrás de otra
y no una encima de otra.
Marina tiene ojos de ballenero.
Marina moja las *Elegías de Duino*
en una taza de porcelana blanca,
una taza que está llena de té.
En la boca no le caben barcos,
sólo viajes en carreta, naranjos.
Marina levanta la mano
y cierra la boca.
No le caben más naranjos.
Todas quieren ser Marina Tsvietáieva.

El metro

Si digo “¡metro!”
no hace falta que diga:
ruedas, raíles, vagones, andenes,
asientos, ventanillas.

Pero en la estación de Sadat había:
ruedas redondas como panes,
rezos interminables como raíles,
vagones largos como piernas,
andenes fijos como fémures.

Y por las ventanillas
a las mujeres se les caían los rezos
de las bocas.

En los asientos había regazos
y en los regazos, niños.
De las sillas colgaban pies
y de las manos colgaban pequeños
Coranes de bolsillo.

Alrededor del libro,
la cremallera parecía una boca
que guardaba dentro las palabras
de Dios.
Una boca metálica.

La boca se tragaba las palabras
sagradas.